



## La frescura de la hierba bajo los libros

Pedro Luis Ibáñez Lérida

Delegado en Sevilla de la ACE (Asociación Colegial de Escritores de España)

Escritor. Poeta. Articulista, crítico y comentarista literario.

La fidelidad de los libros es universal e intemporal. Llegando a poseer esa sentimentalidad que los sitúa en el latido más humano, y descubrimos adentrándonos en su misterioso espíritu.

**ERAN AQUELLOS LIBROS.** *Los mismos de siempre. Incluso si nunca hubiéramos aprendido a leer ellos seguirían estando ahí. Enhiestos y solícitos. En el lugar donde esperábamos hallarlos. Permanecían en los anaqueles a la espera que nuestras menudas manos se prendaran de su existencia y los entresacaran haciéndolos despertar del letargo. Aunque solo acariciáramos su lomo y dejáramos correr nuestros pensamientos contemplando la portada. Soliviantando la imaginación hasta el extremo de contar historias, de las que estábamos convencidos les pertenecían, aunque nunca las hubiésemos leído. Y ese era el único fin: encontrarnos con los libros para seguir sintiendo la vida que contenían entre nosotros. Algunos eran voluminosos y pesados y casi no lográbamos hacernos a su dimensión. Nos sentábamos en el suelo y los colocábamos entre las piernas para tratar de dominar su cuerpo abierto en dos. Otros eran delgados y livianos como un cuaderno. Solíamos olerlos acercando la nariz a sus hojas,*

*hasta el extremo de toser por esa especie de rancio abolengo, con el que el tiempo los había condecorado de tan peculiar olor a vainilla. Y recuerdo, desde entonces, este pasaje: "Claro – dijo el zorro. – Todavía no eres para mí más que un niño parecido a otros cien mil niños. Y no te necesito. Y tú tampoco me necesitas. No soy para ti más que un zorro parecido a otros cien mil zorros. Pero, si me domesticas, tendremos necesidad uno del otro. Tú serás para mí único en el mundo. Yo seré para ti único en el mundo..."*

### **CON LOS LIBROS BAJO EL BRAZO.**

*Fue el camino azul quien me llevó, de nuevo, a su encuentro. Quizá por ese inmediato asombro que era toparme con el cielo, mientras leía en voz alta desde el pretil de la azotea de casa. Subía los peldaños de la escalera con el deseo incontenible de respirar soledad y lejanía. Hacia el sur se tejía en los días de sol una cúspide de oro. La silueta de la torre vagaba entre las nubes y despedía entre ellas un*

*asomo de cierta melancolía, que se erigía en mis ojos como vigía extasiado antes de descender la mirada al libro que me acompañaba. Antes como ahora, cerraba los ojos y recitaba pensando en ti: "Aunque nada pueda hacer / volver la hora del esplendor en la hierba, / de la gloria en las flores, / no debemos afligirnos / porque la belleza subsiste siempre en el recuerdo". Mi padre me enseñó a meter entre las páginas de los libros hojas de laurel. Ningún César fue jamás mejor engalanado, pensaba cuando me las encontraba. Las hojas eran señales para que acudiera a aquellas páginas y las encendiera con mi lectura. Y conociendo su amor por los libros, la revelación de que resucitarían milagrosamente en la memoria que les brindó asiento y en la relectura que les insuflará soplo y aliento en un nuevo comienzo: libros sobrevivientes que se levantan y andan con su propia historia a cuestas.*

**LOS LIBROS SON MI BÁCULO.** *La ventana de mi habitación en la re-*



sidencia de ancianos se orienta al norte. Se topa con las ramas de un gran jacarandá. Las flores de color malva me evocan el barrio de mi infancia y juventud. Las aceras eran tapices. En la lejanía parecían caminos que llevaran a un lugar mágico. No sé qué extraña razón me lleva a calmar el desasosiego de no leer durante las primeras horas nocturnas, imaginándome un vikingo, entre otros muchos que pueblan el drakar que silenciosamente surca las aguas marinas. Remando entre la espesa niebla hasta arribar a la costa, saltar con ímpetu sobre las frías aguas y emprender camino hacia la espesura del bosque donde el poblado aguarda. Mi compañero apenas leyó, salvo extensos albaranes de herramientas y todo tipo de utensilios que pueden encontrarse en una gran ferretería. Me gusta escucharle. Aunque solo posee un tema de conversación. Sin embargo resulta fascinante oírle nombrar los mil y un accesorios de herramientas que existen. Un día me descubrió la palabra flexómetro. Le molesta que encienda la lámpara de noche. Dice que no puede dormir. Así que espero las primeras luces del alba para volver sobre mi lectura, mientras su sueño profundo me acompaña como una coral sinfónica. Ambos estamos anclados entre las sábanas. Se trata de un exilio forzoso. Me asalta, al ponerme las gafas y empezar a ver con más claridad la letra impresa, el mismo mandamiento que, desde un tiempo que no recuerdo, musito como una oración antes de empezar a leer: "Que la frágil piedra pómez no pula tu doble frente, para que aparezcas erizado con los pelos dispersos. No te avergüen-



<<Fue el camino azul quien me llevo, de nuevo, a su encuentro. Quizá por ese inmediato asombro que era toparme con el cielo, mientras leía en voz alta desde el pretil de la azotea de casa>>

ces de los borrones; el que los vea, notará que los han producido mis lágrimas. Marcha, libro mío; saluda de mi parte aquellos gratos lugares, y al menos los visitaré del único modo que se me permite".

Creo sentir que mis pies desnudos, amaratados e hinchados sienten la frescura de la hierba bajo los libros a quienes pertenezco.